



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 19 (2013)

LIMPIANDO UN BORRÓN EN LA BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE: EL VERDADERO AUTOR DE *VARGAS, A TALE OF SPAIN* FUE ALEXANDER DALLAS

Fernando DURÁN LÓPEZ
(Universidad de Cádiz)

Recibido: 04-06-2013 / Revisado: 04-06-2013

Aceptado: 04-06-2013 / Publicado: 25-07-2013

RESUMEN: La novela histórica anónima *Vargas, a tale of Spain*, publicada en Londres en 1822, ha venido siendo atribuida de forma constante a José María Blanco White, e incluso se ha traducido al castellano bajo su nombre en dos ocasiones. Las pruebas internas y externas de tal atribución nunca han sido concluyentes y este estudio crítico aporta un testimonio que prueba que el verdadero novelista fue Alexander R. C. Dallas, autor inglés hispanófilo de quien se traza un somero perfil.

PALABRAS CLAVE: Blanco White, Alexander Dallas, *Vargas*.

WIPING A BLOT IN JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE'S BIBLIOGRAPHY: THE TRUE AUTHOR OF *VARGAS, A TALE OF SPAIN* WAS ALEXANDER DALLAS

ABSTRACT: The anonymous historical novel *Vargas, a tale of Spain*, published in London in 1822, has been constantly attributed to Joseph Blanco White, and it even was translated twice into Spanish under his name. The internal and external evidences which support that attribution have been never conclusive. This critical paper presents a testimony which finds out the novelist's true identity: Alexander R. C. Dallas, an English and Hispanophile author, whose profile is slightly sketched.

KEYWORDS: Blanco White, Alexander Dallas, *Vargas*.

En la lista de obras de José María Blanco White se deja ver una pulsión clasicista, propia de los círculos en que se educó y creció los últimos años del XVIII y primeros del XIX. Los géneros que cultivaban aquellos neoclásicos incluían la poesía, la oratoria, las disertaciones o ensayos de crítica literaria para academias o revistas, el teatro, la historia y los géneros didácticos, la controversia y el periodismo, estudios de costumbres o de viajes..., pero rara vez la narrativa de ficción. Por supuesto, los escritores cambian, y Blanco White tuvo más motivos y oportunidades que nadie para hacerlo. En Inglaterra asistió al auge de la novela histórica, se sintió fascinado por los hallazgos de Walter Scott y los dio a conocer en *Variedades* (cf. Durán López, 2009), donde también insertó varias micronarraciones, confesémoslo, muy desmayadas. En sus años postreros en Liverpool leía las primeras obras de Dickens y ensayaba una novela de ambiente inglés contemporáneo en castellano, *Luisa de Bustamante*, de la que solo quedaron unos capítulos bastante desiguales. En sus diarios también se hallan esbozos de posibles relatos históricos de tema español.

Pero si todo eso pueden considerarse tentativas en un terreno desconocido e inseguro, antes de ellas, en 1822, se le atribuye la publicación de una novela entera, la que el librero londinense Baldwin dio a imprenta en los tres acostumbrados tomitos, sin nombre de autor y con el título de *Vargas, a tale of Spain*, cuyo prefacio, que a todas luces está dentro del marco de la ficción, dice ha sido escrita por Cornelius Villiers. Al margen del juicio que merezca esta obra, cuya estructura y desarrollo tienden a la dispersión, estamos ante una pieza acabada y extensa. Según esto, pues, la madurez precede en Blanco White a las tentativas malogradas. No es menos extraño que, cuando escribe desde 1823 en *Variedades* sus traducciones de *Ivanhoe* y cuando plantea allí, y en artículos coetáneos en inglés, reflexiones sobre los efectos morales de la ficción, no haya ni sombra de guiño explícito o implícito a que él mismo hubiese seguido ese camino. En 1823, mientras alababa a Scott, no tenía aún motivos para renegar o avergonzarse de *Vargas*. Por último, esa sería, con el poema *El incordio*, la única obra suya que no haya dejado un solo rastro en papeles, cartas y escritos autobiográficos. Para alguien en permanente autoescritura es una anomalía, en particular por la mucha textualidad que concedió a los que luego vino a considerar sus malos pasos.

No obstante, en las últimas décadas, la autoría de *Vargas* por Blanco White ha sido tratada como incuestionable por casi todos. Los principales especialistas en la obra del sevillano han dado curso libre a la atribución, defendida de manera enérgica por Méndez Bejarano, Martin Murphy, Rubén Benítez y Antonio Garnica; los dos últimos elevaron la hipótesis a certeza probada hasta el punto de publicar sendas traducciones al castellano de *Vargas* bajo nombre de Blanco White, e incluir en su *Obra poética completa* los versos de la novela. Tan general consenso entre expertos no es raro que haya calado en la generalidad de lectores y estudiosos y a tales efectos, en la historia de la literatura española, *Vargas* forma parte del repertorio blanquiano y del corpus literario en inglés de los exiliados.

Lo que llama la atención es el desnivel entre tal grado de certeza y la debilidad de las pruebas que la sustentan. Los defensores de su autoría la han argumentado en tres fases consecutivas: introducen o recuerdan las evidencias externas, que son pocas; amontonan el mayor número posible de evidencias internas, que son intuitivas; y concluyen sentenciando la imposibilidad de que el perfil de autor resultante coincida con otro candidato plausible. En cuanto al primer paso, en realidad el único de valor fehaciente, tengamos claro que no hay *ninguna* evidencia documental que vincule *Vargas* con Blanco White. Existen, sí, una atribución indirecta temprana y una atribución directa, pero tardía y pasada de oídas por varias personas. Son estas:

1) El dato más temprano fue sacado a la luz por Murphy. En 1822 John Gibson Lockhart publicó una reseña de *Vargas* en el *Blackwood's Magazine* en que lo ponía en paralelo con las *Letters from Spain* de Leucadio Doblado, por su agudo conocimiento de lo español, y sugería que el autor pudiera ser el mismo, sin afirmarlo. La elusiva urbanidad con que se solían redactar entonces este tipo de reseñas sobre anónimos permite interpretar el pasaje como una afirmación tácita que no incurriese en indiscreción o como una mera opinión especulativa, pero literalmente se formula como lo segundo.

2) En octubre de 1855, William Walton escribió a Luis de Usó que, cuando *Vargas* se publicó, todo el mundo creyó que era de Blanco White, incluido lord Holland; y que «more than once» el propio Baldwin «acknowledged the fact to me»; añadía que solo un sevillano podría haberlo escrito y que Blanco White se arrepintió y borró sus huellas. Dicha carta fue presentada por Méndez Bejarano en 1920, divulgando en España la atribución, que ya figuraba desde antiguo en la ficha catalográfica de la British Library.¹

Méndez Bejarano concluía, tras añadir a la misiva de Walton la primera lista de «evidencias internas», que irían incrementando sucesivos estudiosos, que «ni una nube obscurece nuestra convicción respecto a la autenticidad de la novela» (1920: 442). Y en seguida venía el primer perfil de imposible coincidencia:

Ningún protestante español hubiera podido escribirla: unos porque no poseían el seguro conocimiento de la localidad; otros por falta de aptitudes, en ningún ensayo demostradas, para el género novelesco;² casi todos por impotencia intelectual (Méndez Bejarano, 1920: 443).

Esas pruebas no bastaron a Vicente Llorens, quien rechazó la autoría en una escueta nota de su antología de 1971, aduciendo dos motivos: una evidencia externa negativa, es decir, la ausencia de referencias a *Vargas* por parte de Blanco;³ y una evidencia interna igualmente negativa, su convicción de que el estilo no era propio de él. Se limitó luego a constatar que el autor que indicaba el prefacio era Cornelius Villiers, sin pararse a pensar en el artificio narrativo del que ese nombre formaba parte.

Ya que, como admiten francamente Murphy y Benítez, las evidencias externas no son concluyentes, Méndez Bejarano, Garnica y los dos citados han insistido sobre todo en las internas, contradiciendo el juicio de Llorens, que no detectaba en la novela la impronta del sevillano: la anonimia, la ficción del manuscrito encontrado y la invención de Villiers serían así características de Blanco White y ajustadas a modelos españoles y británicos (en particular Cervantes y Walter Scott). Además, las referencias a Sevilla delatarían un conocimiento directo, pero también las de Oxford y otras muchas vivencias del personaje concuerdan con su experiencia personal. Los trabajos de estos cuatro estudiosos dan una larga nómina de conexiones, que no voy a desmenuzar, entre episodios de *Vargas* y otros de la vida y escritos del exiliado sevillano, a veces elevadas a la categoría probatoria de «indudable» (Benítez, 1995: 94). Garnica, por su parte, afirma que *Vargas* es «sin duda obra de Blanco» y compendio de todos sus temas: «viene a ser como su biografía oculta» (en

¹ Del origen de la noticia bibliotecaria nada se ha publicado, que yo sepa: si le otorgamos autoridad a pesar de desconocer su fecha y procedencia, constituiría una tercera atribución, también directa, aunque es probable que no sea independiente, sino derivada de las ya dichas.

² Nótese que, en el caso de que el autor fuera realmente Blanco White, en 1822 también habría carecido de aptitudes novelescas demostradas. La aporía de ese razonamiento es notoria.

³ Rubén Benítez, por su parte, interpretaría en sentido inverso esta ausencia de alusiones a *Vargas* por Blanco White: es una prueba a favor de su autoría, pues no desmintió la atribución que corría entre el público (1995: 90), lo cual, al parecer, debía haber hecho.

Blanco White, 1994: 291).⁴ Una vez que conozcamos la peripecia de Alexander Dallas, sin embargo, se verá que la mayor parte de tales evidencias internas se ajustan a su perfil igual que al de Blanco. Seguramente podríamos decir lo mismo de otros, mas sin admitir esa opción la acumulación de indicios cristaliza en certeza:

Finally, of all the possible authors available in London in 1822, no-one but Blanco White combined a thorough familiarity with the works and style of Walter Scott with the knowledge of Spanish language, customs, proverbs, folklore and chronicles which is evident on every page (Murphy, 1995: 170).

Pero Alexander Dallas había publicado en 1817 y 1818 dos libros que mostraban, en un vecino londinense, las cualidades enumeradas. Murphy no tenía por qué conocerlos, pero tampoco por qué concluir su imposibilidad. El más revelador de esos libros, *Felix Alvarez or manners in Spain*, sin duda le habría proporcionado un sorprendente número de concordancias con los rasgos que se han considerado en *Vargas* como «característicos» de Blanco: el gusto por los refranes y las frases hechas que revelan costumbres españoles, la intercalación de poemas imitando la poesía popular, descripciones del paisaje extremeño, críticas a las «supersticiones» católicas... Hay en *Felix Alvarez* pasajes que convergen con otros de *Vargas*... y de *Letters from Spain*, que deberían aconsejarnos un mayor conservadurismo en el manejo de las evidencias internas a fin de establecer autorías.⁵ Con esos quebradizos mimbres, Benítez alcanza la misma cristalización de certeza, incluso en forma más radical que un siempre prudente Murphy, ya que extrema tanto las similitudes de *Vargas* con las *Letters* que cree inviable haber llegado a ellas por separado:

No creo en la necesidad de aducir más pruebas. Si la novela no fuera de Blanco White habría que probar la existencia en Londres, en ese mismo momento, de un sacerdote sevillano convertido al protestantismo que tuviera con Blanco White

⁴ Tal convicción le lleva incluso a desechar dudas razonables en las que solo él había reparado, como que, a pesar de que el *Vargas* de 1822 estuviese lleno de poemillas en inglés, titulase Blanco en 1825 una composición «On my attempting English Verse», cual si fuera su primera tentativa poética en esa lengua. Garnica solventa la cuestión sosteniendo que en 1822 llevaba doce años de residencia e intensiva anglicización, que debían permitirle ya versificar (cf. Blanco White, 1994: 292). Que pudiera hacerlo en 1822, sin embargo, sigue sin explicar por qué en 1825 se declaraba primerizo.

⁵ Adelanto que un detenido cotejo entre *Felix Alvarez*, la vida de Dallas y *Vargas*, produciría una lista de concordancias tan numerosa cuanto menos como las que sustentan la errónea atribución a Blanco White. Expondré solo dos: en el «Preface» de *Vargas* se afirma que Cornelius Villiers se empleó de joven en una «counting house» comercial, y eso ha sido puesto en relación con los odiosos años en que Blanco trabajó en la empresa familiar; resulta que el primer trabajo de Dallas también fue el de oficinista en un departamento del Tesoro británico (cf. A. Dallas, 1872: II). En el mismo prefacio se afirma que Villiers acompañó a los ejércitos por el teatro bélico español hasta expulsar a los franceses a fines de 1813 y tuvo «an opportunity of witnessing the conduct of the invaders towards the unhappy and oppressed inhabitants» (p. ix); eso no forma parte de la experiencia de Blanco White, que salió de España a comienzos de 1810 y hasta entonces estuvo casi siempre alejado de las zonas de combate, pero Dallas recorrió en campaña gran parte del país, salió por el País Vasco en 1813 y convierte las atrocidades cometidas por los ocupantes franceses en uno de los ejes de *Felix Alvarez*. Este último ejemplo, además, alerta de otro vicio argumentativo: para cotejar con los hechos conocidos de Blanco White se selecciona en *Vargas* un conjunto de concordancias con ellos, y se desecha el resto; a continuación se pretende que, para enturbiar la atribución, *ese mismo* conjunto tenga que ser compartido por otro candidato, el cual tendría así que concordar con Blanco White, no con *Vargas*. En realidad, en *Vargas* se pueden aislar otros conjuntos *diferentes* de concordancias que coincidan con Fulano o con Mengano, y solo parcialmente se solapan con el de Blanco White. Los hechos de Villiers que no se ajustan al sevillano —que vivió la guerra en España hasta 1813, por ejemplo— se descartan sin más, de forma que solo se suma y nunca se resta. Nada de eso sustenta la autoría de Dallas, que pende de una evidencia documental, pero sí muestra la evanescencia de las evidencias internas usadas en favor de Blanco White. Aplicando análoga metodología, Blanco White concluyó que la novela *Don Esteban*, por sus errores sobre España, no pudo haberla escrito un español, sino algún inglés con auxilio de un emigrado español en los detalles; se equivocó de plano, porque Valentín de Llanos era de Valladolid.

tantos puntos de contacto en su pensamiento y en su obra como los que hemos indicado. Conste que las *Cartas [de España]* conocidas a través de la publicación periodística no son todas las que se recogen en volumen en el mismo momento en que *Vargas* está en prensa. Nadie más que el autor podía conocer por consiguiente aquellas cartas aún inéditas en que aparecen muchas de las coincidencias indicadas (Benítez, 1995: 99).⁶

Dejemos de lado esa curiosa inversión de la carga de la prueba y la necesidad de que el autor tenga que ser un sacerdote converso sevillano. Yendo a lo sustancial, el problema no radica en el detalle de esas similitudes, sino en su fuerza de convicción, en lo que se pretende que pueden probar. La carencia es más bien metodológica, pues nos hallamos ante uno de esos casos donde la acumulación de indicios no los hace más sólidos, porque todos son de idéntica naturaleza y es fácil que los mismos paquetes de experiencias o ideas comparezcan simultáneamente en una nutrida categoría de personas: por ejemplo, las lecturas del *Quijote*, los prejuicios anticatólicos y el conocimiento —directo o libresco— de costumbres y lugares españoles, suelen coincidir en los escritores y viajeros británicos que se interesan por España en esas décadas. Numerosas observaciones contrarias a las prácticas católicas, como resulta obvio, las comparte Blanco White con la apologética protestante europea desde el siglo xvi en adelante, y con infinidad de sus contemporáneos británicos anglicanos, incluido Alexander Dallas. Y respecto al cervantismo de *Vargas*, incontables europeos cultos, y Dallas también, leyeron y admiraron al Ingenioso Hidalgo. Así pues, el esfuerzo de Méndez Bejarano, Murphy, Garnica y Benítez para amontonar argumentos, en realidad, lo que demuestra a plena satisfacción es que, a falta de conocer quién fue el autor, Blanco White bien *pudo* haber escrito *Vargas*, no que lo hiciera. El hecho ahora constatable es que no lo escribió él: no era posible, entonces, probar lo contrario. La certeza ha de venir de pruebas concluyentes y aquí no existían.⁷

Por mi parte, en mi libro sobre Blanco White, donde me ocupaba de *Vargas* muy poco y un tanto incómodamente, hice un repaso más somero de estas inconsistencias metodológicas y concluía que, si bien esos argumentos me inducían a una fuerte convicción sobre esa autoría, «una prudencia elemental impide transitar de la convicción —que es un movimiento de la mente humana— a la certeza —que atañe a la realidad material—, así que no me internaré en un pantanoso cálculo de probabilidades» (Durán López, 2005: 345). Y en efecto, en estos años no he explorado los vericuetos de ese pantano y siempre he tenido *Vargas* por un cuerpo extraño en la bibliografía de Blanco White, en el que nunca he puesto interés. Sería bonito presumir de que el hallazgo del que doy cuenta ha venido de un rastreo intencionado del dato o del afán de despejar una duda, pero no ha sido así.

Si uno lo mira a toro pasado, Alexander Dallas resulta un muy plausible candidato a llenar esa autoría vacante, mas sin duda comparte tal condición con una imprecisable lista de españoles y británicos —por no irnos más lejos— que muy bien *podieran* haber escrito ese libro, entre ellos, como queda dicho, ¡Blanco White! Pero del *poder haberlo escrito al haberlo hecho* va la misma diferencia que del uno al infinito. Como saben quienes conti-

⁶ Benítez lleva su certidumbre a decir que «aceptamos sin más y en forma definitiva la autoría de José Blanco White» y sospechar que *Vargas* se escribió primero en castellano, de modo que «la tarea de vertirla ahora al español parece por momentos la de devolverla a su lengua original» (en Blanco White, 1995: 10-11).

⁷ El otro especialista en Blanco White que falta, Manuel Moreno Alonso, no ha mostrado gran interés por *Vargas* ni por los aspectos específicamente literarios del escritor en sus cuantiosos trabajos sobre él, pero se mostró escéptico al afirmar que aquella novela se le atribuyó «con discutible fundamento», para luego concluir inclinándose por un extraño partido medio: «aun cuando, como parece evidente, no la escribió, sin embargo en sus páginas interminables hay muchas cosas de Blanco, y lo que parece seguro es que a él pertenece el prefacio a la novela» (1998: 155). No desarrolla sus argumentos.

núan barajándole nombres al *Lazarillo de Tormes*, es fácil describir un perfil adecuado de autor y difícilísimo ponerle un rostro concreto: como buscar una aguja en medio de la paja. Lo que pasa es que cuando, por el motivo que sea, la vacante ha sido cubierta, nadie se toma la molestia de entrar siquiera al pajar. Vicente Llorens, el único que tomó partido contundentemente contra la autoría del sevillano era por ello mismo quien mejor podría haber emprendido la búsqueda del verdadero autor. Por mi parte, si he encontrado la aguja, ha sido por pincharme con ella mientras revolvía el pajar para otros afanes.

A partir de mi dedicación a Blanco White —pues los azares, solo por serlo, no han de ser a la fuerza también arbitrarios— he abierto líneas de trabajo sobre la imagen de España en Inglaterra (cf. Durán López, 2012b) y los textos británicos sobre la Guerra de la Independencia. En una de estas recopilé los testimonios de los tres países combatientes en la batalla de Chiclana del 5 de marzo de 1811, con motivo de cuyo bicentenario he coordinado un volumen con estudios y documentos (cf. Durán López, 2012). Buscando relatos ingleses de la jornada, se me apareció la novela *Felix Alvarez, or manners in Spain*, de Alexander Dallas, uno de los soldados que estuvieron en ella, quien vertió su vivencia en varios sabrosos capítulos. Nada sabía de la obra ni de su autor, postergados en la bibliografía sobre esa guerra y sobre la imagen inglesa de España, donde se mencionan de forma escasísima y colateral, pero ambos me parecieron muy atractivos. Traduje en el citado volumen de 2012 los fragmentos dedicados a Chiclana y me quedé con la idea de realizar un estudio más completo, que he efectuado en los últimos meses para presentar un avance⁸ y empezar a preparar una traducción completa al castellano, que pienso será de no poco valor. Y documentándome sobre el autor, me hice con una reproducción de su autobiografía, que no ha tenido mucha circulación, y casi ninguna entre los interesados en las relaciones hispano-británicas.⁹ Azares —estos sí del todo arbitrarios— quisieron que al primer hojearlo despreocupado el volumen se abriera por la página 167.

Pero ¿quién es Alexander Robert Charles Dallas? Me limitaré a lo esencial para encajar un perfil. Era hijo de un abogado y nació en Colchester en 1791. De joven inició una carrera en la intendencia militar que le llevó a servir en la *Peninsular War* desde agosto de 1810 con las tropas acuarteladas en la Isla de León a las órdenes de sir Thomas Graham. Con ellas hizo varias campañas: la defensa de Cádiz contra el asedio francés, la expedición de Chiclana en marzo de 1811, la marcha hacia el centro desde Sevilla y posterior retirada a los cuarteles de invierno en Portugal en 1812, y los combates finales de 1813 en Vitoria y San Sebastián. Se halló también en Waterloo y pasó luego una temporada en Francia. Al abandonar entonces el ejército su vida entró en un bloqueo mundano, en que con 25 años ha de tomar estado, sin tener claro por dónde encaminarse. Era aficionado a la literatura, a la música y a la vida social; tocaba la guitarra y amaba las melodías españolas y francesas que había aprendido en sus viajes. Dejémoslo aquí de momento y saltemos a 1821 en que cambia bruscamente de dirección y recibe las órdenes sacerdotales en la Iglesia de Inglaterra. El resto de su existencia estuvo entregada a dicho ministerio, en diferentes responsabilidades. En 1840 visitó Irlanda y tiempo después fundó la *Society for Irish Church Missions*, organización proselitista que realizaba agresivas misiones evangelistas en la isla vecina. Como clérigo publicó buen número de obras pías, doctrinales

8 «*Felix Alvarez or manners in Spain*, de Alexander Dallas: aproximaciones a la imagen exótica de España en Gran Bretaña», *Congreso internacional «La construcción del sur en el imaginario europeo: las otras fronteras»*, Museu Valencià de la Il·lustració i la Modernitat y Departament de Filologia Anglesa i Alemanya de la Universitat de València, en Valencia 2-4 de mayo de 2013.

9 Una excepción es Santacara (2005) que ha incluido varios pasajes en sus testimonios ingleses de la Guerra de la Independencia. Por su parte, las obras «españolas» de Dallas son citadas de manera secundaria en trabajos de Diego Saglia (2000).

o polémicas. Murió en 1869 dejando por único perfil público en Gran Bretaña el de un carismático activista religioso, hasta el punto de que su biografía en *The dictionary of national biography* no menciona su paso por España ni los libros que firmó en 1817 y 1818.

Volvamos a esos años intermedios. Según nos cuenta, tras acabar la guerra, se desmolvilizó en 1815 y entró en un periodo desconcertado y muy mundano. Vivió entre Londres y Francia, brillando por los salones con su guitarra y sus canciones traídas del continente. Leyó mucho y escribió, con la vocación de convertirse en escritor. Su padre estaba relacionado con lord Byron y las bellas letras eran parte de su cotidianidad. Al ponerse a escribir, escogió temas inspirados por su vivencia española. Dio a imprenta en 1817 un poema largo titulado *Ramirez*, adaptó tal cual obra teatral francesa y escribió alguna otra original, pero sobre todo reformuló su peripecia en España en un muy original formato de novela, *Felix Alvarez or manners in Spain*, cuyo resultado sometió a Robert Southey, quien le dio una matizada aprobación.¹⁰ El librero Baldwin le publicó la novela en tres tomos, pero apenas hubo reseñas ni despertó interés; su editor, sin embargo, le encomendó traducciones del francés, entre ellas una de madame de Staël. En ese punto, en la autobiografía de Dallas editada en 1871 bajo el título de *Incidents of the life and ministry of the Rev. Alex. R. C. Dallas...* (cf. A. Dallas, 1872),¹¹ se halla el pasaje que justifica la presente nota. Su contenido y redacción no deja grieta a la duda o la interpretación:

Encouraged by my friend the bookseller [Baldwin], I occupied myself in writing another work, a story mainly founded on one of the Spanish chronicles, which detailed the history of Cornelia Bororquia. This was called 'Vargas, a tale of Spain'. It was a long time before this was finished, but I have engaged to write it for Mr. Baldwin, by whom it was published. This attracted more attention than its predecessor [*Felix Alvarez*], and was reviewed in some of the periodicals with favour; the manner in which the features of Spanish character were portrayed, led to the idea that its author was Spanish, and it was attributed to Blanco White (A. Dallas, 1872: 167).

Ese es el hecho; atendamos a los detalles. Tanta brevedad y sordina tienen que ver con que su oficio de novelista corresponde a un impulso que luego consideraría desarreglado, la etapa de extravío justo antes de entregarse al esforzado pastoreo de almas a que consagraría el resto de su existencia. Eso justifica asimismo que entre 1822 y 1869 nunca pusiera

¹⁰ No debo detenerme sobre esa obra, que incluye muy diversos materiales: cuadros de costumbres españolas (con no poco color local y reproches a las «supersticiones papistas»), memorias de guerra, una antología poética y una novelita de aventuras amorosas. Todo ello no siempre está bien empastado y, de hecho, *Felix Alvarez* responde bien al análisis que Murphy o Benítez han realizado de la estructura multiforme y dispersa de *Vargas*. Además, Dallas destaca entre sus conmlitones británicos por su mayor conocimiento, simpatía y comprensión hacia España, que le lleva a un enfoque distinto —más «español»— al habitual entre los ingleses, otro punto que asemeja su perfil al del Blanco White.

¹¹ Cito por una segunda edición de 1872, reproducida en facsímil a partir de un ejemplar de Harvard College Library. Las fuentes indican 1871 como fecha de la primera. El proceso de composición fue complejo: desde 1868, a partir de diarios, correspondencias y papeles, un enfermo Alexander Dallas dictó una autobiografía que hizo imprimir y circular por partes entre allegados y correligionarios con estricta prohibición de publicidad; de ese material privado se conservan cuadernos en la British Library de Londres y en la Biblioteca Nacional de Madrid. Sin embargo, apenas pasó en el relato más allá de 1820. Fallecido en 1869, su viuda, Anne Briscoe Dallas, dio a luz el volumen biográfico, que comienza con la autobiografía inconclusa en primera persona —se supone que incorporando enmiendas fruto de las consultas previas— hasta la p. 188; prosigue luego con una biografía en tercera persona del resto de su vida hasta la p. 560. La edición del texto corrió a cargo del reverendo Charles Kerney, colaborador de Dallas en su rectoría de Wonston. Hay que destacar que para los Dallas y sus lectores posibles la única parte importante era la relativa a su carrera evangélica. Este interés religioso del libro, escrito en encendido tono providencialista, ha restringido su circulación.

empeño en reivindicar su autoría o reclamarse como escritor, ni parezca ofendido por el hurto de su mérito literario.

En efecto, la obra se publica en el instante posterior a la inflexión de su carrera que, al hacerle abandonar las letras mundanas, dejó *Vargas* de pronto envejecido. *Felix Alvarez* se publicó en 1818 y Dallas no tuvo empacho en firmarlo, pedir al general Graham, a la sazón ya lord Lynedoch, que aceptase una sentida dedicatoria y presentarse en el prólogo como escritor en ciernes, reflexivo pero cómodo con el género de la ficción. En cambio, *Vargas* sale en 1822 anónimo, sin dedicatoria ni nada que vincule con una persona real. La caída del nombre hay que relacionarla con la frase copiada: «pasó largo tiempo antes de que estuviese acabada, pero yo me había comprometido a escribirla para el señor Baldwin». El *pero* no es lo menos significativo del fragmento. Dicho de otro modo: solo la terminó y publicó porque *se había comprometido* con un editor a quien debía favores. Entre el compromiso y la publicación pasó *largo tiempo* y en él ocurrieron cosas importantes: recibió algunos toques del «finger of that Providence which was so often interposed to save me from irremediable steps» (en A. Dallas, 1872: 167), contrajo matrimonio en mayo de 1818, rompió relaciones con su padre, se instaló en Oxford como estudiante de derecho y finalmente se decantó por el sacerdocio ordenándose en junio de 1821 (cf. 1872: 194). La escritura de *Vargas* la sitúa concretamente en el periodo de tribulaciones que le acomete tras la boda, a la que su padre reaccionó con ira; la salud de Dallas se resintió y padeció fantasías de suicidio.¹² Ese amargo lapso se extiende entre la segunda mitad de 1818 y la primera de 1819:

In the midst of all this, it is a matter of extreme surprise to me, than the impulse to occupation enabled me to write and to read much that seem hardly consistent with the condition of my feelings. It was at this period that I finished 'Vargas'—the novel to which I have alluded. I also write a great deal of Spanish subjects. I have by me at this moment a manuscript which would fill a good-sized volume, giving an account of a remarkable passage in the history of Spain—'The Chronicle of Charles, Prince of Viana'. I have another similar manuscript—'The Chronicle of Antonio Perez, Secretary to Philip II'. I cannot by any means recollect how I managed to do this, while I cannot forget the agonized condition in which I lived at that time (A. Dallas, 1872: 172).

Es ahí cuando se produce su giro, primero hacia la abogacía y luego hacia el servicio religioso. Con la habitual precisión de las autobiografías espirituales protestantes, Dallas sitúa el *turning point* el día 17 de marzo de 1819, cuando nació su hijo y oyó en su mente voces con reflexiones nuevas sobre su misión en este mundo. Cabe advertir, para interpretar bien este relato, que es un tópico obligado en las autobiografías que siguen el modelo protestante de conversión el contraste entre una fase de pecado, un hundimiento profundo en la aflicción que hace tocar fondo y seguidamente la acción salvadora de la Providencia, que provoca un renacimiento en la fe, a todos los efectos como la resurrección de un hombre nuevo. Al revisar su existencia pasada aplica retrospectivamente esa plantilla narrativa, lo que relativiza la exactitud de los hechos y de sus interpretaciones; por ello, la cronología puede tener algunas disfunciones menores, pero para lo que nos ocupa importa lo que él sintió y cómo interiorizó desde entonces los afanes de su vida previa. Abandonó su interés por la ficción y cuando el volumen de *Vargas* salió al fin de

¹² «Upon two several occasions, I walked for more than an hour by the side of the canal in the Regent's Park, with the determined purpose of self-destruction in its waters» (en A. Dallas, 1872: 172).

las prensas en 1822, poseía buenos motivos para no estampar en él su nombre. Era un fleco de una vida pasada, un *compromiso*. Ya se lo podrían atribuir a Leucadio Doblado que él se regocijaría en secreto por que lo tomasen por español, pero no saldría a la palestra a reclamar sus laureles. Solo en la autobiografía escrita el último año de su vida se permite constatar secamente su lugar dentro de lo que califica como una etapa de peligros mundanos:

I believe that at no time in my life have I ever been in more spiritual danger than in the years which followed my military career. I was immersed in the world, and under circumstances which insidiously ignited the soft incense of vanity to the point of intoxication. [...] My French and Spanish, my guitar, my new songs, the knowledge of foreign dances [...] qualified me to be one of the few (for there were comparatively few then) who were received as *arbiter elegantiarum* in many houses of refinement in the pleasures of this world. All this drew forth unchecked applause and praise, by which vanity kept its powerful empire over me (en A. Dallas, 1872: 164-165).

Ramirez y Felix Alvarez fueron ejemplos de ese imperio de la vanidad sobre su carácter, mientras que, a su modo de verlo, tal imperio había sido derrotado por la Divina Providencia cuando vino a publicarse *Vargas*, libro sobre el que cayó un velo de ocultación, y quizá de vergüenza. En los mismos meses, entre la salida de *Felix Alvarez* y la redacción de *Vargas*, había estado a punto de estrenar una obra en el Drury Lane Theatre, pero «the more I considered it, the more I felt a shrinking from committing myself publicly as the writer of a play» (1872: 168). Otro tanto le pasó con *Vargas*, no cabe duda, solo que el compromiso con Baldwin, acaso con un pago en efectivo, le obligaría a seguir con la publicación, mas sin comprometerse en público como novelista cuando ya era un adusto sacerdote.

La autoría de Dallas, en suma, no ofrece alternativa. Se certifica por un documento directo, en primera persona y concordante con el resto de hechos y evidencias disponibles, sin que nada enturbie o contradiga la evidencia que proporciona. Así pues, Lockhart se equivocó en sus suposiciones; Walton fue engañado por Baldwin o, más probablemente, deformó o exageró el recuerdo de aquellas conversaciones a tantos años de distancia; el bibliotecario de la British Library catalogó de oídas y con menor escrupulosidad de la que le atribuye Benítez (1995: 91); Llorens, por su parte, acertaba en sus cautelas y su intuición de qué estilo era el característico de su admirado sevillano. Con esto, sin embargo, y sobre todo si podemos olvidarnos del edificio interpretativo acumulado encima de una autoría errónea, la bibliografía de Blanco White queda aligerada, pero a la vez se nos muestra mucho más coherente y comprensible. Desaparece la anomalía que suponía *Vargas*. Por el lado contrario, se nos acrecienta el perfil de un hispanista olvidado que contribuyó con dos extensas novelas al creciente interés de sus paisanos por las cosas de España. *Vargas* pertenece a la literatura inglesa por derecho, pero Alexander Dallas ha de entrar en un lugar más eminente de la historia del hispanismo y la hispanofilia literaria británica.

Un punto por considerar para futuras pesquisas serían las posibles relaciones entre Blanco White y Dallas. Sabemos que en 1826 el sevillano predicó un sermón en la parroquia de Burford, no muy lejos de Oxford, de la que Dallas estaba al cargo.¹³ Al menos ahí hubieron de coincidir. ¿Habrían de *Vargas*, de *Felix Alvarez*, de España..., o solo de teología? En cambio, no queda constancia de trato en los años anteriores: claro que tam-

¹³ Agradezco a Martin Murphy haberme señalado esta conexión (cf. Murphy, 1989: 229).

poco ha habido motivo para indagar. Ambos tenían contactos en común, como Robert Southey, y es plausible que el sevillano leyera *Felix Alvarez*, pues hay que suponerlo atento a las novedades bibliográficas sobre España. De hecho, una lectura de esta obra suscita la hipótesis de que Blanco White pudiera haber encontrado en ella algo de su inspiración para el artificio autobiográfico de las *Letters from Spain*, lo que de paso justificaría —en sentido diferente al habitualmente considerado— alguna que otra de las similitudes señaladas entre las *Letters* y *Vargas*. Hasta ahí podemos llegar en el terreno de las conjeturas no documentadas, pero dejemos abierta esa puerta.

Cabe pensar —también es pura conjetura— que el prefacio de *Vargas* se haya incorporado o reescrito al decidir que la publicación final en 1822 saldría anónima. Se afirma desde el principio que Cornelius Villiers ha muerto, pero la manera de expresarlo en el cierre —«Mr. Villiers is now no more; and he has left his papers to the Editor, with a discretionary power to publish all, or such part of them, as in his judgment he may think fit» (p. xi)— sugiere tal vez un guiño privado sobre que el antiguo Dallas «ya no existe» y ahora le sustituye un cristiano renacido. En cierto modo, *Vargas* ha renacido también ahora y, con la autoría garantizada, se le pueden y deben hacer lecturas también renovadas.¹⁴

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BENÍTEZ, Rubén (1995), «*Vargas, novela española* de Blanco White», *Anales de literatura española*, 11, pp. 89-106.
- BLANCO WHITE, José María (1971), *Antología de obras en español*, Barcelona, Labor. Ed. de Vicente Llorens.
- (1994), *Obra poética completa*, Madrid, Visor. Ed. de Antonio Garnica y Jesús Díaz.
- (1995), *Vargas. Novela española*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert. Ed. de Rubén Benítez y María Elena Francés.
- (1997), *Vargas. Una novela histórica española*, Sevilla, Ayuntamiento. Ed. de Antonio Garnica.
- (2010), *Artículos de crítica e historia literaria*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara. Ed. de Fernando Durán López,
- DALLAS, Alexander R. Ch. (1818), *Felix Alvarez, or Manners in Spain, containing descriptive accounts of some of the prominent events of the late peninsular war, and authentic anecdotes illustrative of the Spanish character, interspersed with poetry, original and from the Spanish... In three volumes*, Londres, Baldwin, Cradock and Joy.
- [———] (1822), *Vargas, a tale of Spain. In three volumes*, Londres, Baldwin, Cradock and Joy.
- DALLAS, Anne Briscoe (1872), *Incidents of the life and ministry of the Rev. Alex. R. C. Dallas, A. M., rector of Wonston; chaplain to the Right Reverend Dr. Sumner, Lord Bishop of Winchester; and Honorary Secretary to the Society for Irish Church Missions to the Roman Catholics. By his widow. Second edition*, James Nisbet & Co, Londres.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2005), *José María Blanco White, o la conciencia errante*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- (2009), «Blanco White y Walter Scott», *Cuadernos Dieciochistas*, 10, pp. 247-262.
- (ed.) (2012), *La batalla de Chiclana (5 de marzo de 1811). Estudios y testimonios reunidos con motivo del segundo centenario*, Cádiz, Universidad.
- (ed.) (2012b), *La Península para uso de ingleses: libros británicos de materia española, 1800-*

¹⁴ Este artículo se ha escrito en el marco del proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, ref. FFI2010-15098.

- 1850, sección monográfica de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 18, pp. 1-194.
- MÉNDEZ BEJARANO, Mario (1920), *Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo (Blanco-White)*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- MORENO ALONSO, Manuel (1998), *Blanco White, la obsesión de España*, Sevilla, Alfar.
- MURPHY, Martin (1989), *Blanco White: self-banished Spaniard*, New Haven, Yale University Press.
[Traducción: *El ensueño de la razón. La vida de Blanco White*, Sevilla, Renacimiento, 2011.]
- (1995), «The Spanish *Waverley*: Blanco White and *Vargas*», *Atlantis*, xvii, 1-2 (mayo-noviembre), pp. 165-180.
- SAGLIA, Diego (2000), *Poetic castles in Spain. British romanticism and figurations of Iberia*, Ámsterdam, Rodopi.
- SANTACARA, Carlos (2005), *La Guerra de la Independencia vista por los británicos. 1808-1814*, Madrid, Antonio Machado Libros.